

Héctor Tajonar

Nueva era

A Carlos Marín y
Ciro Gómez Leyva,
con un abrazo disidente

Evidentemente, Barack Obama no es el Mesías ni el Superhombre nietzscheano capaz de cambiar al mundo mediante el ejercicio de su *voluntad de poder*; tampoco es un hechicero que dice a sus interlocutores lo que quieren escuchar, sin comprometerse a nada. El nuevo presidente de Estados Unidos es un político que ha mostrado una inusual congruencia entre discurso y acción, resuelto a cambiar la tradición unilateralista y arbitraria de la política exterior norteamericana llevada al extremo por el fundamentalismo religioso, ideológico y económico de su antecesor. El actual mandatario estadounidense es un hombre respetuoso del derecho internacional y de quienes piensan de manera distinta a él, llámense Jalal Talabani, Mahmoud Ahmadiyad, Abdullah Gul, Hu Jintao, Hugo Chávez, Evo Morales, Raúl o Fidel Castro. El hombre más poderoso del mundo es proclive a escuchar y a negociar, no sólo a imponer. Todo ello lo convierte en un político fuera de serie, con un liderazgo a escala internacional pocas veces igualado en el pasado reciente, pero que en su propio país enfrenta intereses, inercias y poderes —fácticos e institucionales, como el Congreso— que limitan su capacidad de decisión. Así ocurre en algunos temas centrales de la agenda bilateral con México: tráfico de armas, lavado de dinero, migración, libre comercio. Es igualmente ingenuo pensar que por arte de magia el mandatario afroamericano cambiará la relación con México, que

esperar soluciones inmediatas a los complejos problemas de la agenda bilateral. La fugaz visita de Obama no puede reducirse a palmaditas y blablablá, como tampoco es panacea o maná.

En varias de mis anteriores colaboraciones en *MILENIO*, he escrito que la llegada de Obama a la Casa Blanca representa una oportunidad, acaso inédita, para construir una nueva era de la relación México-Estados Unidos. Veo con satisfacción que ese fue el concepto central del encuentro de los presidentes Calderón y Obama en la Ciudad de México. (También me gustó el *yes we can* con el que finalizó el discurso de bienvenida pronunciado por el presidente Calderón, en Los Pinos). Pienso que existen las circunstancias favorables hacia una renovación profunda, no sólo retórica, de la relación entre los dos países

y que ya se han dado los primeros pasos en esa dirección. No se puede minimizar la importancia del reconocimiento de una responsabilidad compartida en materia de combate al narcotráfico y crimen organizado, como tampoco es desdeñable el cambio de actitud y de tono, así como el nivel de compromiso y realismo expresados por el presidente estadounidense. Habrá que esperar resultados concretos, cierto. Sin embargo, es necesario reconocer que la palabra, instrumento fundamental de la política y la diplomacia, renueva su valor cuando es pronunciada por un estadista como lo ha mostrado ser Barack Obama.

La comparación con el pasado inmediato puede resultar ilustrativa. Mientras la dupla Fox-Bush se

identificaba en su mutua rusticidad vaquera, los dos actuales mandatarios son abogados y egresados de la Universidad de Harvard, lo cual indica que su nivel de interlocución es otro. Además, la actual política exterior de Estados Unidos hacia América Latina responde a una estrategia orientada a recuperar la confianza para terminar con una década de desencuentros con los países de la región, como se demostró en la reciente Cumbre de las Américas, en Trinidad y Tobago.

Tanto Chávez como Lula coincidieron en que ha comenzado una nueva era en la relación de Washington hacia los países latinoamericanos, incluida Cuba. La decisión de Obama de permitir que los cubano-norteamericanos visiten y envíen dinero a sus familiares en la isla, es una indiscutible muestra de buena voluntad para poner fin a una política de casi medio siglo, que inició en 1962 con la expulsión de Cuba de la OEA y poco después con el embargo comercial, económico y financiero impuesto por Estados Unidos contra el régimen de Fidel Castro —a lo que se opuso el gobierno de México—, cuyos propósitos han fracasado, como lo reconoció Hillary Clinton hace unos días. Obama sabe que los cambios en materia de derechos humanos y libertades en la isla no se darán de la noche a la mañana; no obstante, su disposición a negociar ha sido demostrada en los hechos.

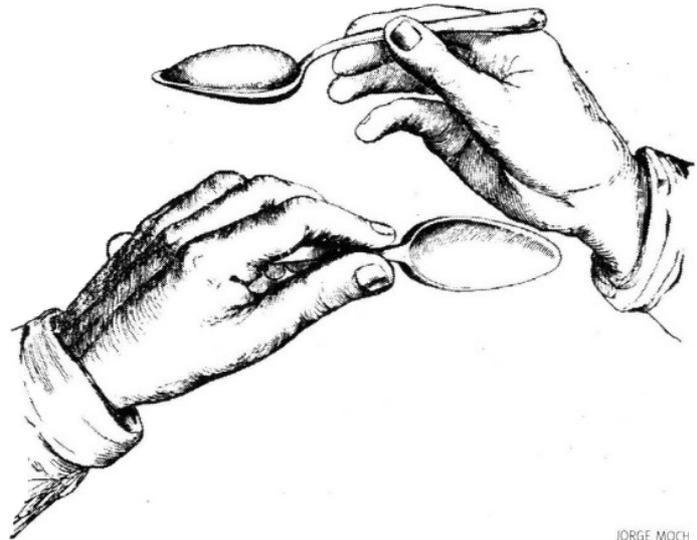
Con todas sus especificidades y complicaciones, la relación de México con el vecino del norte debe analizarse —y planearse— en ese contexto de innegable renovación. La oportunidad, evidente e ineludible, está ahí. No la dejemos ir. ■ M

hectortajonar@yahoo.com.mx



Fecha 22.04.2009	Sección Opinión	Página 15
---------------------	--------------------	--------------

**La fugaz
visita de
Barack Obama
a México
no puede
reducirse
a palmaditas
y blablablá,
como
tampoco
es panacea
o maná.
La palabra,
instrumento
fundamental
de la política,
renueva
su valor
cuando es
pronunciada
por un
estadista
como
lo es Obama**



JORGE MOCH